

inteligente, y éste me acompaña á todas partes y me sirve de cicerone.

En atencion al gusto que tienes por las Bellas Artes, te participo que he encontrado aqui alguna aficion por ellas, mucho mas que en México; pero antes de hablarte de algunos cuadros notables, te diré, que me han sorprendido extraordinariamente los grandes adelantos en la fotografía.

Desde las tarjetas de visita hasta los bustos solares del tamaño natural, son de una precision y finura admirables.

En cuanto á iluminacion, tambien juzgo dificil se pueda hacer cosa mas perfecta, con una verdad de color y mecanismo tan hermoso y limpio, que no se cansa la vista de mirar.

Termino mi tarea por ahora porque me siento un poco fatigado. En la siguiente carta te contaré algo mas de lo que vea de esta ciudad y continuaré mi relacion sobre las obras de pintura que te acabo de iniciar.

Me voy á comer para seguir esta tarde mi excursion. Adios, María.

XXX.

Enero 3 de 1867.

MARIA QUERIDA.

Son las siete de la mañana y hace un tiempo de perros; antes de salir á la calle, temo la pluma para contarte lo que he visto en los dos dias mas que he recorrido la ciudad que cada vez la hallo mejor y mas simpática por su aspecto. Los edificios por todas partes son hermosos y su estilo completamente origi-

nal; resultado de que no haya en ellos una severa regularidad en su arquitectura porque juzgo al mismo tiempo la gótica, la griega y la romana cuya mezcla produce un efecto romancesco que deleita la vista: el primer cuerpo está formado de columnas esbeltas de hierro y vidrios de cuatro y de cinco varas de alto: en esta parte están los almacenes y en general las casas de comercio: los demas pisos que son hasta seis ó mas, los forman una especie de almohadillas, que son los balcones ó ventanas, cuyo aspecto es pesante y Churrigueresco y el remate ó azotea es cónico de pizarra ó zinc.

Las casas de los alrededores ó suburbios, en donde habitan las familias acomodadas, son de mejor aspecto, unas formadas de un solo orden arquitectónico en su fachada y otras con la mezcla de todos: al frente rompe desde la banquetta una escalinata de dos ó tres varas de altura hasta nivelar con la puerta de entrada principal, y de dos de anchura: los lados que revelan, y

hácia donde caen las ventanas del subterráneo ó comedor, que está al nivel de la calle, están ocupados de jardincitos, fuentes pequeñas de bronce ó mármol ó alguna estatua, subiendo algunas veces, enredaderas por los fustes de las columnas del pórtico ó el marco de la puerta que le comunican un aspecto muy agradable. Generalmente estas habitaciones de campo ó de calles transversales que no son de comercio, tienen dos pisos y rara vez tres: el primero, como ya digimos es el comedor, cuya comunicacion es interior y subiendo la escalera de la calle, se entra inmediatamente á la sala y siguen las demas piezas; esta sala está dividida por una puerta corrediza que, cuando hay necesidad amplia corriendo la referida.

Las casas de mas importancia, están aisladas en medio de jardines, con es

¶1 Tambien tienen una exterior por el jardinito para que salgan los criados y entren los viveres, el carbon, etc., para las cocinas: con esto se evita el paso por la sala: pues las casas de los Estados- Unidos no tienen patios ni zaguan.

calinatas de mármol, y el zócalo ó plataforma en que se eleva el terreno, circundado por su parte exterior de un fuerte recinto de granito y algunas veces con barandillas de hierro.

Yo me admiraba de una anomalía que existe en casi todas estas hermosas construcciones; que mientras que se emplea la piedra cantera, el granito, el mármol y hierro, en el jardín, escalinatas y adornos, las casas ó habitaciones, interior y exteriormente, sean de madera, porque muy raras son de ladrillo.

Eso sí, estos edificios anuncian desde luego que sus dueños son unos potentados, que no han escaceado el oro para fabricarlos y en los barrios donde están ubicados, se mira una línea de palacios y jardines de uno y otro lado que deben recordar algo de aquellos suntuosos de Nínive ó Babilonia.

Todas las casas del centro de la ciudad tienen subterráneos, que unos sirven para bodegas y los mas son cantinas, fondas y cafés cantantes: á estos subterráneos, cuya entrada está practi-

cada en la banqueta por medio de una escalinata, les entra la luz por el guarda-polvo de la fachada á través de enrejados ó sobre la misma banqueta por medio de lozas de vidrio muy grueso; el caso es que están bien iluminados y secos, son unos salones tan bien decorados y alegres como los de los pisos altos.

Todas las calles de San Francisco están cruzadas de dos pares de rieles y los wagones corren desde las seis de la mañana hasta las once de la noche llenos siempre de gente: los boletos cuestan cinco centavos y se pueden comprar en junto para muchos días; consisten en unos cartoncitos impresos de poco mas de una pulgada.

Hay varios teatros, que solo conozco hasta ahora exteriormente; cuando los haya visto en su interior, daré una descripción de ellos.

Los cafés cantantes, como he dicho, son bien alumbrados de dia, y tambien de noche con el gaz; en uno de los extremos del salon, se encuentra la can-

tina, en la que hay dos ó tres pipas de cerveza en la parte inferior del armazon; sobre este, el botallege, puros, etc., el mostrador y dos dependientes ó cajeros. En otro de los extremos, hay un piano tocado por un individuo pagado todas las noches y es acompañado por un violin y una flauta, ó por clarinete ó piston y alguna vez por cantantes de uno ú otro sexo. Todo el dia son concurridos estos salones; pero especialmente de noche, que se miran las mesas llenas de parroquianos, bebiendo cerveza y whiske ó arrojando grandes bocanadas de humo del tabaco de Virginia, mientras la música, no puedo decir que suelte al aire sus acordes vibraciones, porque entre los americanos está en la infancia; el pianista manoteo que es un gusto, el violin rechina y el clarinete da unos berridos, no queriendo quedarse atras de sus compañeros, porque estos yankees hacen consistir la bondad de la música en lo extridente y recio de la ejecucion; pues cuando una banda es completa, el bumbo ó tambo-

ra, suena como un cañon de á quinientos y el músico con el bolillo en la mano, mira satisfecho y arrogante á la concurrencia como si acabara de disparar un krup: no se diga de la *ladye* ó soprano que está en pié junto al piano, entonando esas canciones yankees ó inglesas de unas melodías tan ingratas y desabridas que corren parejas con el saber de sus guisos.

Hay, igualmente muchos subterráneos ó salones, servidos por seis ó más mugeres, princesas disimuladas, bien vestidas y algunas de ellas muy bonitas.

Tan luego como se sienta á la mesa algun parroquiano solo ó con algun amigo, se le rodean dos ó más de éstas. *Miss* hablándole cariñosamente, sentándose á su lado y hechándole familiarmente el brazo. El licor, sangría ú otra bebida que se pide, va siempre en vasos dobles ó segun el número de las muchachas que rodean la mesa.

Es inútil hacer observar que está uno en absoluta libertad de besarlas,

acariciarlas y cuando se quiera á plena luz y ellas son unas sirenas que encantan con sus mimos, para hacer aflojar las monedas, haciendo repetir con frecuencia los brindís de vino ó sangría. Con frecuencia están llegando hombres y mujeres á vender dulces, frutas, pasteles y ramos de flores, y las muchachas se le encaran á uno; acto continuo con una sonrisa insinuante, y tiene que comprárseles lo que desean que, cuando el objeto consiste en un buqué, ésta cuesta la friolera de cuatro reales, de modo, que al entrar á una maldita casa de éstas, es necesario llevar la bolsa bien provista.

Cataño y yo, á pesar de ir prevenido de lo que eran los tales salones, gastamos tres pesos cada uno. ¿Qué sucederá con un incauto que sin conocerlos se entre de rondon y se deje sorprender por esas honradas hijas de Eva? Hay otros salones de segundo orden y éstos están al nivel de la calle, que son lupanares desimulados en los que si se embriaga un pobre diablo, porque

de intento le dan brebages compuestos, lo bolsean esas ladronas al estarlo bebiendo ó acariciando, ó cuando se queda dormido; bien, que estas escenas no se repiten con mucha frecuencia, gracias á la constante vigilancia de la policía.

En los dos salones que visité anoche, la mayor parte de las muchachas eran alemanas y en uno de ellos, me encontré á una tepiqueña, que hablaba inglés perfectamente y tenía ya todo el aire de una americana. A esta la noté más seria y más pudorosa que las otras y, ¿qué quieres, María? fue á la que me tocó cortejar, confesándote, que por hacer algo de lo que hacian los demas y no singularizarme, le planté un beso en una mano, que por cierto las tenía muy bonitas y le dí sus palmadas en los cachetes.

Me aseguran, que pasan de mil las muchachas que trabajan en los salones, porque estos son innumerables; hay calles en las que hay cuatro ó seis y algunas hasta diez y cuando se pasa de noche frente á donde están situados, se

oye salir de dentro una batahola infernal de voces avinadas, entre mezcladas del ruido extridente de los desacordes instrumentos, porque en punto á música, como queda dicho, no está muy adelantado el buen gusto de los americanos.

Cuando pasaba frente á un salon de estos en donde este bullicio era atroz, me dió gana de entrar para ver lo que era, y descendí por los escalones que conducian al subterráneo. Era, que un grupo de hombres y mugeres bailaban desafortadamente un can-can, en medio de las rizas y los chirridos del clarinete y una corneta piston. Terminó este baile; siguieron los vasos de cerveza, las bailarinas se sentaron en fila sobre una larga banca que allí habia. A poco se anunció una polka, y los bailadores acto continuo dejaron una peseta sobre el mostrador de la cantina y se dividieron á tomar su respectiva compañera. De esta manera, siguieron otros bailes, anticipando siempre la misma peseta y tomando á las compañeras alquilonas

que formaban fila, esperando que un marinero, carretero y cualquiera hombre soez de aquellos parroquianos, las sacara á bailar, dejando el provecho al cantinero.

En todo manifiesta este país sus tendencias positivistas y metálicas y el sentimiento es una moneda desconocida en él. ¿Qué ilusion puede tenerse en bailar con una desconocida pagando por bailar un wals ó una polka que cuesta el dinero? Creo que un individuo de la raza latina al proponerle semejante cosa, se indignaria y se marcharia cubierto de rubor.

Antes de terminar el negocio de los salones, debo decirte, que los que especulan con ellos, deben realizar grandes ganancias porque las mugeres que trabajan en ellos tienen un sueldo que no baja de tres pesos por noche y donde hay ocho ó diez y se tienen que hacer los gastos del alumbrado, renta de casa contribucion y otros, necesitan vender mucho ó adulterar sus bebidas para que no pierdan el dinero.

Vamos á otra cosa.

Pasando ayer por la calle de Montgomery, me encontré á Aurelio Gallardo, poeta mexicano, y me introdujo á una Barra de mucho tono y quedé sorprendido á la vista de un magnífico cuadro que representa á Sanson en el momento de ser atado por los filisteos. Las figuras son del tamaño natural, ejecutadas por un artista contemporáneo; ¡oh amable María! te aseguro que es una de las más bellas producciones que me han cautivado en mi vida. La figura del Sanson está perfectamente dibujada y modelada; el torzo es semejante al del Hércules Farnesio; la anatomía es bien entendida y no hay en ella exageración muscular: las actitudes de las demás figuras, la muelle posición de Dalila el color y rica armonía de toda la composición sorprendé en extremo. Afirman que este cuadro está asegurado en diez mil pesos. 1

1 Hice cuatro años que volví á California, y me dice que este cuadro valía ya 15,000 pesos.

He tenido ocasión de observar atentamente á las muchachas americanas así como á las de las demás naciones y en efecto hallo que las primeras son bastante hermosas y tienen los piés pequeños; pero tienen ese no sé qué de gringo extrangerado que me desagrada. Entre las demás nacionalidades hay tipos perfectos, especialmente el de las judías y las cuarteronas, yo siempre, ¿qué quieres que te diga? prefiero á las seductoras mexicanas de mirar de fuego y cuyos atractivos volverían á hacer caer á un pobre hombre como á otro Adán.

Anoche he visto con la ausencia de la luz del sol, la calle de Montgomery y me agradó en extremo su iluminación y el comercio activo de sus tiendas.

En la tarde estuve en los suburbios de la ciudad, pero ¡qué suburbios! ya dí una idea poco antes de ellos; pero hablé del pormenor y construcción de sus edificios y ahora aunque parezca una repetición, vuelvo á insistir en darte una idea de como se presentan en conjunto.

por los accidentes del terreno y la inmensa variedad que presentan en las distintas localidades, así como tengo que añadir algunos más accidentes que forman el total del cuadro.

Pues bien, en otras ciudades son estos los más pobres y las casas de mezquina construcción muchas de ellas arruinadas; mas en San Francisco ¡qué diferencia! Los suburbios están habitados por los más ricos comerciantes ó propietarios que despues de concluidos los negocios, en la ciudad, se retiran á las cuatro de la tarde para comer. Las casas de esos suburbios son unos verdaderos palacios de hadas, unos templos ó moradas de un gran señor de esas que nos transmiten las leyendas orientales. Estas casas la mayor parte son de madera; pero tienen toda la apariencia de la mampostería, porque la superficie exterior tiene una capa de arena parda que les da la apariencia de cantera. Cada uno de estos edificios son de uno y hasta de tres pisos separados unos de otros por amenos jardi-

nes, y juega en ellos la más delicada arquitectura, la más rica ornamentación así como los bustos y estatuas. Algunas tienen al frente un pequeño jardín con sus fuentes de mármol blanco que produce agradable efecto con el verde de las plantas; en algunas puertas y ventanas trepa una enredadera que le forma un contra marco ó docel... Vamos, todas estas casas reunidas que puestas unas mas altas que otras por los accidentes del terreno, alternando en ellas la verdura de los jardines, bien el fondo de alguna pequeña montaña que tienen á su espalda ó la bahía con sus buques y las poblaciones de las vecinas costas, producen una perspectiva que embriaga y convida á disfrutar horas enteras.

Quando haya yo pasado algun tiempo en San Francisco y conozca sus costumbres mas á fondo, así como algunas otras particularidades, te volveré á escribir, María, otra carta, completandote un poco más la idea sobre mis impresiones de esta ciudad. Adios.